

El teclado de la piel *

«Las voces de todas las personas que quiero se conjugan como una música de órgano, y eso es mi vida.»

ALMA MAHLER-WERFEL

Miro en el fondo de sus ojos. Intento transgredir su apariencia de señora fin de siglo, no me dejo atrapar por su incuestionable belleza («la más hermosa mujer de Viena»), quiero llegar —como lo quería Julio Cortázar ante los espejos— al otro lado de sus presuntas plenitudes corporales, saber realmente de ella, esquivar su elegancia casi matriarcal y sus pasos de sirena, sus ojos de gozar el amor y sus excentricidades de mujer, sus caprichos seductores, sus misterios (tan inútilmente irresolutos, como ella misma lo decía), sus sinuosidades con tanto de Rubens como de Van Dyck, sus desasosiegos prójimos, su dulzura («fue la mujer más dulce del siglo», escribiría Wessling), en fin, sus acariciantes manos de todo lo bueno y deseable que la vida puede ofrecer.

Miro, intento mirar más allá. Más allá de su nuca, «un fuste de estilo corintio», más allá de las comisuras de sus labios siempre lascivamente intrigantes y generosos («Helena con la sensualidad encarnada en la boca», había dicho Oskar Kokoshka). Más allá aún de esa insinuante expresión de su cuerpo que señalaba con su predecible ardor la negligente torpeza de no haber sido acariciada antes de ser interrogada. Intento más allá aún. Más allá de su «eternamente sediento» Gustav Klimt, su «Klimischi» inicial, ese hombre «hermoso y fuerte, refinado, impúdico, extremado, impetuoso» que quizá la buscó toda su vida. Quizá buscó toda la vida esa misteriosa contracción de sus alas nasales que inmortalizó en su *Salomé* de 1909.

Intento más allá aún. Más allá de Alexander von Zemlinsky, con su amor a primera vista, más allá de ese dúo de amor de *Tristán e Isolda* que ella ejecuta al piano para terminar arrojándose en los brazos de su maestro embriagada por el sutil canto de arrebató y deleite rítmico que Wagner insta en su piel. Más allá de ese «opus 7» que Zemlinsky le dedicara como se ofrenda una canción, una confesión inevitablemente adolescente a su «queridísima alumna», siete años menor que él. Más allá intento mirar.

Allí está Gustav Mahler, director general de la Hofoper, un judío de Bohemia obligado a renunciar a todo por amor a la música, un «israelita salamandra» que decidía la vida musical de Viena (es decir, del mundo), un neurótico obsesivo transformado en minuciosa corchea, un presentimiento en su vientre que le haría escribir al momento mismo de conocerlo: «Me di cuenta de lo que significaba su identidad y que su alma había atravesado muros y había vaciado un espacio que nosotros con nuestras pobres dimensiones no podíamos o no queríamos entender. Guardé silencio y esperé hasta que comprendí su vuelo espiritual, lo que me permitió seguirle en su camino». Ese arbitrario hombrecito sería el protagonista de su próxima década. Al día siguiente de conocerla, el *Hofoperndirektor* le escribía un poema que finalizaba con este premonitorio verso: «miro la puerta y espero».

* ALMA MAHLER-WERFEL: *Mi vida*. Tusquets Editores. Barcelona, 1985, 362 págs.

Intentó mirar más allá aún. Más allá de esa «relación cósmica» que comienza a nacer y se fortalece ante la oposición de los que defienden la *pureza de la especie* y diagnostican en ese incipiente amor el «envilecimiento de la raza». Una mujer hermosa, jovencísima, hija de padres antisemitas, una «*cocotte* de buena familia» para muchas de sus contemporáneas, enamorándose de un «viejo judío nietzscheano». Pero habían decidido que sólo ella lo entendía. Detrás de su máscara burguesa que raramente se quitaba, detrás de sus arrebatos coléricos y sus rituales perfeccionistas, ella veía en Mahler su «rostro verdadero», vulnerable siempre ante la cruzada del mundo, siempre doliente ante el sufrimiento del mundo («¿Se puede ser feliz si hay sobre la tierra una sola criatura que sufre?»). Ella oiría, pronunciadas por ese genio arrebatado, estas palabras que instalarían en su vínculo la culpa y la eternidad: «Tengo la sensación que sólo tú podrías devolverme la vida si acabase de morir». Sumisa, consciente de la responsabilidad de ese amor exigente, frágil ante las arremetidas de esa batuta temblorosa, siempre insatisfecha y púdica, ella escribe ese mismo día: «Me he encadenado a él y jamás podré liberarme. Ahora soy ya su otro yo».

Intento ver más allá, aún más allá. La dolorosa relación, la conflictiva cotidianidad que debía signar la extraña terquedad de ese amor entre un genio «isra-elitista» que generaría una «música degenerada» (así la calificó Adolf Hitler) y una mujer-niña a la que ese genio se confiaba como un niño-hombre. Tal conciencia tenía ella de su maternal y abnegada servidumbre que alguna vez se hizo componer unas tarjetas de visita con este lema: «Frau Hofoperndirektor Alma María Mahler» y más abajo, como ingenua ratificación, «*Yo sirvo*», que ella había descubierto en una heráldica de otras épocas.

Intento ver más allá aún. Más allá de ese agudísimo olfato que haría de ella la amante y esposa (amante y/o esposa) de cuatro de los hombres fundamentales del siglo y de muchos de sus agraciados contemporáneos. Ese infalible instinto que hace pocas semanas señalaba Henry-Louis de la Grange en el homenaje a Mahler rendido en París y que haría de ella una reveladora de dones y sobre todo del don de la creación. Ella que era antes que nada una enamorada de la música, que había estudiado armonía, contrapunto, fuga y composición, y que había compuesto exquisitas canciones que el mismo Mahler había prohibido, ella era, esencialmente, una enamorada del genio creador, una conquistadora de talentos, una estrella brillante en el cielo tachonado de artistas de aquella Viena Imperial. Habían caído ante sus sabios estremecimientos de hembra nombres como Gustav Klimt, Oskar Kokoshka, Gustav Mahler, Walter Gropius, Franz Werfel. Junto a ellos los nombres de Zemlinsky, Hans Pfitzner, el notable pianista Ossip Gabrilowitsch, el biólogo Paul Kammerer y hasta un sacerdote, Johannes Hollnsteiner. Más tarde, ya adentrada en los años, atraería igualmente a Erich María Remarque y a Benjamín Britten. Pese a que ella no era «ni demasiado culta ni demasiado inteligente», había sido educada en un ambiente que supo hacer —a través de una cierta aristocracia del espíritu— que jamás pusiera en duda su belleza, su inteligencia o sus dones. Nunca dudó que aquellos que la enfrentaban eran pobres de espíritu, seres inferiores que no justificaban ningún mal momento. La moderación, la objetividad (esa palabreja), la sensatez, no eran precisamente sus amigos. Ella era, antes que nada, la majestad del deseo. No es raro que Mahler la tratara de Diosa. Porque ella no era la búsqueda de la creación solamente, sino la



Alma Mahler-Werfel